

## La organillera en el barrio alto



*Foto: Darío Bravo*

*Por Virginia Cox Balmaceda*

El organillo suena a gloria en el barrio aburguesado. La chiquilla trabaja duro moviendo la manivela. Su colita de crines castañas, juguetona al compás de las notas alocadas. Las botas a lo Chaplin hacen lo mismo.

Bajo la abigarrada vestimenta se dibujan la cintura y los hombros resueltos. La interpelo estirando una moneda.

Al volverse hacia mí, desaparece la niña y aflora un rostro sorprendente. Rugoso, amedrentado, con ojos de venada recién parida. Dos lunares peludos: en el mentón, en la nariz. Arrugas de arado profundo y fisuras de vidrio surcan su piel. Me tiende su mano deformada por gruesos nudillos. Con voz firme saluda:

—Buenas tardes, señora.

Ávidamente esconde la moneda. Sonrisa de encías ilumina su carita devastada. Así empieza mi amistad con Domitila Soto. Poquito a poco la fui aguachando. Zapatos viejos, calcetines, un pañuelo para la cabeza. Aparece junto con la puesta de sol.

—¿Cómo están en su casa?

—Así, así. Mi hijo en el hospital, le fallaron los pulmones en la pega de las minas. Mi hija perdió la guagua. Su primer hijo murió de raquitismo, parecía una lauchita, el pobrecito. Disimulando enjuga una lágrima.

—Domitila, ¿hasta qué horas anda en la calle arrastrando este carromato?

—No es para tanto, la señora Marina, como no es de este gobierno de milicos, me lo guarda en su casa, aquí cerquita, y me convida un tecito caliente.

Luego de varios meses de amistad, le propongo:

—Domitila, me gustaría que me contara su vida.

—¿Mi vida? —dice altanera—: Es pura tristeza, como la de toditos los pobres. ¿Qué le va a interesar a usted que no sabe nada de eso?

—Me interesa, quisiera saber todo de usted. Quiero escribir un cuento, ¿comprende?

Se ilumina.

—¿Un cuento de mí? Eso sí que me gustó.

—Tendríamos que conversar tranquilas.

—Bien, señora. El lunes estaré en su casa a las seis y cuarto.

Esa tarde apareció puntual, los ojos brillantes. Entró a pasos duros, sin un dejo de timidez.

—Ay, señora, me adivinó el pensamiento, soy viciosa del mate, en veces le pongo una gotita de fuerte.

Ríe tapándose la boca. Al lado de la chimenea, reconfortada, luego de un hondo suspiro, con voz grave e inesperada dicción, comienza a hablar.

—Nací por allá por el Norte, en un ranchito del color de los cerros de arena, éramos siete hermanos, yo fui la quinta, única mujer, por eso, mi Mamita me quiso tanto. Me crié como mis hermanos en un cajón de azúcar, tapada de moscas y costras, el potito cocido. Afuera, abrigada por el solcito y adentro, al calor de las brasas, en las noches heladas del desierto. Mi Mamita a toditos nos dio de mamar, en el rancho nunca faltó harina ni agüita de té. Re solo por allá. A mí me gustaba mirar la puesta de sol, se iluminaba el cielo con hartos colores, más que el volantín que trajo el Pedro una tarde. Yo veía cosas, señora, angelitos de luces bailando en las estrellas y al caballero Dios mirándome sin ojos, con su gran barba blanca entre las nubes. Los cerros se arrimaban unos con otros y al toparse salían hartos brillos de oro y plata. Árboles con duraznos, manzanas, rojas como el infierno. También veía castillos y reyes coronados de brillantes como en las imágenes, brujas de humo y fantasmas de hielo aullando.

—Domitila, vení a ayudáme.

Mi Mamita me cargaba de trabajo, porque eran cosas de mujer: barrer, limpiar, amasar y ordenar los camastros de cuero de llama con olor a cuerpo y animales.

—¿Y su padre?

—¿Mi Taita? Un borracho. Trabajaba en la mina. Cuando llegaba de mala, le pegaba a mi Mamita y a nosotros. Aprendimos a "acurcuncharnos" y así no nos dolía tanto. En veces, traía charqui y un trozo de cabra. Nunca lo quise. Cuando fue hombre el Pedro, le paró el carro y nunca más se atrevió. Mi Mamita lloraba cuando él me arrendó.

—¿La arrendó?

—Sí, señora, me arrendó para calentar a una inválida.

—¿Cómo?

—Me llevaron unos señores en un auto y me dio harto susto, me acurruqué en el fondo y no me atreví a moverme. Mi Mamita quedó solita con todo el trabajo, decía que era mejor, porque me tocaban todos, mi Taita también. Requete peligroso, a mí me dolía en veces.

—Llegamos.

Vi hartas casas con hartas luces. Electricidad me dijeron. El auto se paró frente a una casa requetelinda, yo nunca había visto algo así. Salió a encontrarnos un caballero grandazo.

—Eso ¿qué es? —gritó apuntándome con el dedo.

—Baja, mocosa.

Temblando, solté el llanto. A la rastra me llevaron a un cuarto bien adentro. La señora rubia me miró de alto abajo.

—Te van a bañar, a cortarte las uñas y a pelarte para sacarte las liendres. Bota tus ropas.

El puro saco harinero y a pata pelá. Me embutieron un vestido

azul y una cosa con dos hoyos para las piernas.

—Pa que andís decente—, gritó la gorda de crespos negros.

Aturdida, mareada, los ojos dolorosos, tragué una sopa caliente.

—A esta señora la tenís que calental, y te acostai con ella. Es güena agora—. Y escupió para un lado.

Quise arrancarme: "Mamita, ven a buscarme, quiero volver a casa".

—Casa es que, rancho dirís. Táí arrendá. No sacai ná con llorisquear, ni agarráte de los muebles, una rotosa como vos, tenís suerte de habel caío aquí y pa que sepái, yo soy la que va a mandáte por encargo de la Patrona.

De un empellón me tiró arriba de la cama.

—Te acostái pa un lao, después pal otro, después encima; ella siempre tiene frío.

Entonces la vi. Del mismo color de los cerros, puros huesitos, los ojos áridos y entre los labios secos, dos dientes amarillos.

—Atrácate, pa eso te trajeron.

Tenía miedo. De a poquito me arrimé, sentí su roce como la corteza de los espinos. Harto hedionda la veterana. La cama blanda, menos apiñada, me quedé dormida.

—Vístete, desgraciá, ¿no escuchaste?

La viejita, los ojos muy abiertos, graznaba como los tiuques.

—Quiere su leche y vos se la vái a dar, floja.

Me plantó un coscacho en la cabeza.

—Súbete al piso y le dáí de a cucharaditas.

Doña Adelia sorbió algo y al ratito atravesó la lengua, desparramándolo todo. Disimuladita, me tomé el concho.

—Agora la vamos a limpiar, yo levanto y tú sacai la chata.

Apenitas me pude el tiesto repugnante. La Juana la volvió y aparecieron grandes escaras sangrientas. Me puse a llorar.

—No llorís, así no más son los viejos, tienen que sufrirla.

Lavó a medias el cuerpo descarnado, le echó unos polvitos, le peinó las mechas tiesas, le sacó las lagañas y allí quedó, indefensa, inmóvil, sorda, muda, ciega.

—Acuéstate y caliéntala.

Me fui encariñando. Por ella, tenía cama y harta comida. Casi toda su ración y la mía. A veces le venían temblores de pecho, bramaba áspero, le corría la baba y sollozaba. Le sujetaba la cabecita y le hablaba igual que a mi cachorrito de cabra y se iba sosegando.

La señora rubia asomaba de vez en cuando. Nunca se acercó a la cama.

—¡Puf, qué olor!

Parecía apurá pa' que se muriera.

A veces, me daban cosquilleos, hartas ganas de moverme, corría de allá para acá, saltaba, cantaba y bailaba las danzas de la comparsa de la Virgen de la Tirana. Así me lo pedía el cuerpo.

Tengo buenos recuerdos de esos años, porque duró hartito la veterana. Mi Mamita se sentía contenta, me estaban "creciendo" bien. Gordita, limpia, con vestido y calzones y hasta un par de zapatos de charol.

Ese martes amaneció helaíta, por más que me arrimé por lado y lado, no la pude entibiar. La Juana desparramó la leche y se persignó.

—Bájate, desgraciá, ¿no veís que es finaíta?

La señora no lloró, de lejitos le tiró un beso.

—Adiós, mamá.

La arreglaron limpiecita en un ataúd brillante con encajes blancos, se le veía la pura carita.

—Te vienen a buscate.

El rancho no me gustó, oscuro, tiznado, piso de tierra, repobre lo encontré. Mi Taita y mis hermanos me miraron codiciosos.

—Te veís bonita, ¿sabís? Una guainita.

Mi Taita murmuró:

—Esta cabra me va a dar plata.

Mi Mamita tosía mucho, la encontré muy acabada. Así y todo, mi Taita me llevó a la Pulpería.

—Aquí la tiene, ña Peta.

Me arremangó el vestido.

—Tiene güenazas piernas la cabra, hasta tetitas le están saliendo. Déle trabajo, no más. Pero cuidela. No quiero que me la jodan.

Doña Peta, montañas de carne codiciosa, enmarañado moño oscuro, me miró fijó con sus ojillos puntiagudos naufragando en la grasa.

—Ta bien, ño Froilán, los dos los entendemos, será así con su hija.

Los ojos de mi Taita eran puras brasas.

Allá, señora, recomenzó el trabajo. A grito pelado me aleccionaba doña Peta. Me dio buena comida. No le convenía una sirvienta enclenque:

—Yo cuido a mi potranca.

De sol a sol, sin parar, lava, estruja, corre ese saco, atiende a la señora. ¿Todavía no sabís pesar? Un buen pellizcón en las nalgas. ¿Limpiaste el gallinero? ¿No había huevos? Seguro que te comiste

alguno. ¿Y los conejos? Corre el saco de garbanzos, pon atención, mocosa, si me quebrai cualquier cosa, se lo descuento a tu Taita.

Me fui fortaleciendo. Recuperé mis trenzas.

De vez en cuando, doña Peta me refregaba con agua helada y me llevaba a Saltamontes, el pueblo vecino.

Vi hartas cosas que no conocía: el tren, las micros, las tiendas con caballeros y señoras elegantes y lindas que parecían cristianos encerrados en jaulas de vidrio. Inmóviles. Escaparates rebalsando pasteles de todos colores, la plaza llenita de árboles, bancos y estatuas.

Allí, en la calle Prat, frente a la carnicería, vi a Eusebio. Alto y desguañangado, los ojos como hoguera y la melena brillante. Se apuró mi corazón cuando se acercó y me miró de alto abajo como empiluchándome.

Desde ese día, apareció seguidito en la Pulpería. Me dejaba algún caramelo en el mesón, me tomaba las manos y me acariñaba los brazos. Así nos fuimos haciendo amigos hasta que sucedió lo que sucedió.

Doña Peta fue mi cómplice, no me retó.

—Tontona —me dijo—, ¿pa qué juiste a hacer esto? Pero no te asustís. Yo te voy a arreglate este asunto con el Eusebio.

Así fue como nos casamos. Yo andaba en los trece años.

Mi Mamita lloraba reharto.

—Ese infeliz viene a meterse con mi hija. Un forastero, todavía. Y agora, ¿de qué van a vivir?

El Eusebio ordenó:

—Al Sur nos vamos a ir, Tilita, no tengai miedo, los arreglaremos.

El viaje fue relargo, a puro dedo, de camión en camión. Dormíamos enrolladitos, tapados con ramas. Después de dos días de



ver tanta cosa distinta, el Eusebio me dijo: "Llegamos".

El aserradero se llamaba "El don Peruco". Cortar y cortar árboles con unas cuchillas que andaban solas: saltaba la madera como chispitas. El capataz don Walter me miró de alto abajo. Bonito el gringo, tremendo de grande, rubiecito. Todos parecíamos enanos. Hablaba raro, como trabada la lengua. Le pasó a Eusebio un hacha, brillante al sol: "Mientras más trozas, más ganas". Y dio vueltas la espalda.

Lo primero fue una ranchita de puros troncos en medio del bosque y el Eusebio, dale que dale. Yo me admiraba de todo: vacunos, árboles inmensos, más altos que las iglesias del Norte, conejitos, pájaros, y unos potreros de pastito verde como para revolcarse de lo lindo.

(Suelta la risa.)

—A veces nos escaseaba la comida, pero al Eusebio no le gustaba matar ninguna cosa. Frío nunca pasamos y la tetera no dejó de hervir. La guagua nació de un repente: me asusté reharto. El Eusebio, que había visto parir a las llamas, me ayudó, todo salió bien. Macho bien machito el cabro. Le pusimos "Eusebio Junior", como los ricos.

—¿No querís otra guagüita, mijita? Como más te guste. Hasta mellizos te puedo hacel, en un dos por tres, con harto gusto y otra cosita.

Ja, ja, ja. Groseras risotadas, gestos indecentes. Comenzaron a joder los leñeros, celosos de Eusebio, ansiosos de hembra.

—Los vamos—, ordenó el Eusebio.

Vinimos a parar al "Campamento Villa Ana": ésos de las "tomas",

que llaman.

Toditos los pobladores resentidos y humillados, con el odio tan afilado como cuchilla, tenían miedo. Miedo a los pacos que fregaban harto, miedo al desalojo, miedo a la cárcel, a la tortura, a la muerte, también al frío y a las enfermedades. ¿Qué seguridad había?

Qué aquí, que acá, los milicos no la cortaban nunca: documentación, registros, allanamientos; rompían todo, robaban harto, maltrataban a las mujeres, arrinconaban a las chiquillas. Seguidito se escuchaban los gritos por el altoparlante:

—Todos los hombres de quince arriba, al Estadio.

A tirón de oreja y patadas sacaban a los guaitas moquillentos.

El Teniente ordenaba:

—Tenderse. Disparar al que levante la cabeza.

No había lástima para los enfermos ni para los viejos; corrían las horas, los machos aterrados hasta que al Teniente se le pasaba la mala. Se llevaban algunos que nunca más volvieron. Nosotras, temblando en la carpa con la guagua en brazos y los cabritos aferrados a las polleras.

De vuelta de la maniobra, el Eusebio, regresó tiritando, los puños apretados, los ojos vidriosos como el león del zoológico:

—Mataron al Padrecito— murmuró y un sollozo como bramido de mar lo sacudió entero—. Y a don Macabeo.

Al Padrecito que era nuestro padre y madre. Al Santo humilde que vivió con nosotros enclavado en nuestra miseria. Al Padrecito que hasta de partero hacía.

Un lamento desgarró las gargantas, las lágrimas goteaban como la lluvia:

—¡Don Macabeo! El gran señor de los saneamientos, de las

yerbas, de los cuentos lindos.

Arrodilladas nos pusimos a rezar. La plata del pan la gastamos en velitas. A los finaítos los charquearon en la Morgue.

Ni flores permitieron. Los pacos nos corrían como leprosos, apuntando su carabina. De lejos, no más, los acompañamos.

Los botaron a la fosa común en el Cementerio General. Hasta el llanto prohibieron esos malditos.

"Balas locas" fue la sentencia de la Justicia.

Por entonces, nos avisaron que mi Mamita estaba grave. Cuando llegué, era finaíta. Quieta, sobre mi camita, la que compró el Taita con mi trabajo en la Pulpería. El ataúd lo hizo el Eusebio. Livianito, ni parecido al de doña Aurelia. La colocamos adentro con las manitos cruzadas sobre el pecho, esas manos raspadas hasta los huesos por la vida.

Junto con mis hermanos, hombres ya, la acomodamos con mis propias sábanas, porque ella no tenía ni ropita para rellenarla. Los puros zapatos le faltaron.

Nunca la vio un Doctor, ni un Cura. No hubo velorios ni flores. ¿De dónde? Se la llevaron, no más, en un camión al cementerio del cerro.

La familia se dispersó, cada uno por su lado, arañando el destino.

Al pasar los años, el Eusebio se puso borracho, igual que mi Taita. Nunca se atrevió a pegarme, ni a los hijos, porque he sido una leona para defenderlos. Me hacía empeño el hombre, me "golosineaba" todas las noches. Empalagoso el curadito.

Cuando la Jessica comenzó a engordar, la atraqué contra el muro: —¿De quién es?— grité.

Pálida, temblorosa, confesó:

—Es de mi Taita, Mamita, él me obligó.

Soltó el llanto la pobrecita. Me tambalié.

—¿El Eusebio?

Saqué la pistola que manejaba escondida bajo las tablas.

Estaba borracho, la cabeza colgando al borde de la mesa. Le puse el cañón sobre la sien derecha. Tres veces gatillé y la bala se atascó. La mona se le espantó de golpe.

Arrancó.

Nunca más he sabido de él ni sé si soy viuda o no.

Quedé solita con el semillero. Teníamos que trabajar.

Salí a la calle con los seis cabros a recoger cartones. Primero, en los basurales. De ahí me corrieron, porque no tenía hombre.

Ligerito la cachamos: los pobres ¿qué cartones van a tener? Los harán sopa, supongo.

(Suelta la carcajada.)

Nos aventuramos por lo que llaman "barrios populares". Ahí se entrechocaban los "papeleros". Peleaban como perros rabiosos. Saqué pechuga y con mi leva de chiquillos me hice respetar. Nadie me tocó sin mi consentimiento. Ni para malo ni para bueno.

(Sonríe maliciosa.)

Siempre comimos bien, los cabros se fueron criando y educando a medias. Un compadre nos prestó un pedacito de terreno y allí nos

amontonamos en una mediagua. El Eusebio Junior fabricó un carrito de puras latas y tablitas que chirriaba como un tren. Alivió el trabajo y descansé la espalda.

El "Barrio Alto" fue el más peligroso. No les gusta ver la pobreza: una mujer andrajosa con una mata de chiquillos hurgando los ordenados saquitos. ¡Eso sí que no! Es una vergüenza: echa a perder el ambiente. Los perros, esos tremendos perros, nos desconocían, igual que los ricos.

—¿Qué hace por estos lados? Sus hijos deberían ir al colegio. Si los lavara y les pusiera ropa limpia serían bonitos.

Así me aconsejó una de esas señoras de pelo blanco, elegante, de ésas que llaman "distinguidas".

—¿Dónde arrendaste tanto huacho?

El desprecio me mordió la carne. Un desprecio pegajoso por todo el cuerpo que iba invadiendo a mis hijos.

Me mandé a cambiar antes de que me echaran.

Una mañana, de ésas claritas de sol de invierno, escuché una música alegre que inundó mi alma.

Se me llenó la cabeza de pajaritos y ahí me quedé plantada contemplando el organillo.

De madera, enceradito, con su guatita amarilla y las ruedas de goma. Los molinillos de todos colores dando vueltas y vueltas como mariposas, las pelotitas rellenas de aserrín colgando por los lados. Lo más precioso: la jaula de oro, del loro importado que hablaba en gringo y "sacaba la suerte" con su gran pico. El orgulloso mango de bronce arqueado. La gente agolpada mirando, niños y grandes, todos riendo y bailando y el compadre dando vueltas la manivela, recibiendo monedas

que era un gusto.

Esta es la mía, pensé.

—Voy a ser organillera— le dije.

—Usted no, pues, ñora, las mujeres no se meten en esto: es trabajo de hombres.

¿Y por qué? Pensé por dentro.

Calladita fui averiguando el criadero de los organillos.

—Un tal señor Efraín, en la calle Catedral, es el dueño.

Tenía miedo, señora.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de todo. Una mujer como yo, pobre, sin hombre, rotosa, chica y vieja ¿iría a conseguir algo?

Las hembras del campamento fueron cómplices, me animaron.

La Luzmira me prestó de un todo.

—Te veís linda, Mamita—, me dijo el Junior.

Me dio un calorcito en el corazón.

Don Efraín me asustó de golpe:

—¿Comprar un organillo tú? —tronó entre barbas—: Yo soy el único dueño de todos los organillos de Chile. Jamás he vendido ni venderé alguno.

Se me borró la elegancia y me ovillé en un rincón. Tartamudeando logré preguntar:

—¿Y qué se hace entonces, don Efraín?

—Se arriendan, ignorante. ¿Entendiste? Los arriendo yo — señalaba su pecho con el dedo sucio—: uno a uno y me dan buena plata.

No me salió más voz.

—Tengo una vacante. ¿Quién se interesa?

Carraspeando me largué a mentir de un solo aliento:

—Mi compadre Palomino y mi hijo Eusebio Junior que tiene veinte años me mandaron a mí, porque ellos están trabajando.

—Si es así, de acuerdo. Tendrán que pagar un mes adelantado y después, semanalmente. Si fallan, aunque sea una vez, adiós organillo. Diles que se presenten el jueves a las diez de la mañana.

Salí livianita, dando botes en la vereda como una burbuja. ¡El jueves! Pasado mañana... El corazón saltaba por su cuenta. Estalló la alegría como una cascada.

Empeñé las ollas, vendí todas mis tiritas, hasta el par de zapatos domingueros. Y que me perdone mi Santa Patrona —se persigna—: mi Virgencita de la Tirana también se embromó.

(Se le cayeron las lágrimas.)

—Domitila, nunca había llorado.

—Es la emoción, señora. Los recuerdos amontonados son como la cordillera, están ahí duros como rocas y de un repente tiemblan y todo eso se desmorona clarito y la remecen a una.

(Le paso un pañuelo.)

—Ese jueves, señora, nos fuimos de amanecida, los tres, a la calle Catedral, con la platita bien segura amarrada en un trapito. Me empalé por dentro. Ni hablar podía, los ojos fijos en la puerta gris, el corazón retumbando como un tambor.

—Domitila, ¿qué te pasa? Parecís espirituá.

Por fin, apareció don Efraín con cara de tempestad.

—¿Cómo se les ocurre venir a molestar a esta hora?

No se había vestido el caballero, andaba "apollerado" como un cura.

—Le trajimos la plata, Patrón.

—¡Ah! Vienen por la vacante. La plata primero.

De un manotón agarró el trapito. Amansado se asomó por entre los barrotes de la ventana derecha.

—Está bien.

Como de milagro, apareció el organillo. De esos grandes, lustrosos, bien reformados.

—¿Tocamos? —dijo Eusebio.

—Aquí, no. Este es un "barrio residencial". Los patrones duermen hasta tarde —nos informó una señora.

Llevábamos varias cuadras arriando el organillo y yo, muda.

Como una ventolera me bajó la "diablada".

De un empujón empujé a los hombres y me aferré del mango.

—¡Es mío! —grité—. Mío. Con mi platita lo arrendé. Váyanse. Déjenme sola. Yo lo manejo. Es mío.

Todo pasó entre pesadillas y sueños.

No sabía dónde estaba. Y así, no más, con el organillo sin un adorno, peladito, me puse a tocar.

Me sentí gloriosa.

Los colegiales risueños hurgaban sus bolsones para darme un cincuito, Las viejas reían desde sus madrigueras. Anduve, sin saber por dónde, tocando en cualquier esquina, recibiendo moneditas.



—¿El mono? —me reclamaban— ¿El loro? ¿La "suerte"?

Eufórica y aturdida, las patas tías, llegué con mi cajita bruja hasta mi Población. Se amontonaron a mirar. Ligerito asomó la envidia.

—¿Quién te va a acompañarte?

—Una mujer organillera. ¡Qué vergüenza!

Hasta los mismos compadres pusieron hartos inconvenientes.

Les toqué "El Danubio Azul" Apareció un chuico y se armó la fiesta bailoteada.

—¿Cómo consiguió las demás cosas?

—En la Vega: el choroy. Elegí uno grandote, lo pinté de amarillo y "ahí está el loro".

(Me mira pícara.)

—Por la calle Puente me encalillé reharto con los molinillos, matracas, pelotitas. Mi "aval": el organillo. Hasta los "turcos" más bravos se suavizaron.

Lo dificultoso: las "suertes". El poeta que las inventa es remañoso. Machista el viejo. Curcuncho con olor a iglesia:

—¿Andas sola?

—Sí, señor, soy organillera.

Se levantó del pisito y se acercó a olfatearme y mirarme de cerca:

—¿Cómo es eso?

El organillo paradito, reluciente, con todos los adornos, y el choroy en la jaula lo convencieron.

—Quisiera "suertes" para Señoritas, Señoras y Caballeros. Traigo

la plata.

—Los Caballeros no se sacan la suerte: son "hombres".

Me pasó los papelitos de todos colores.

Desde ese día cambió mi vida. No me he separado más del organillo. Soy independiente. No me echan de ninguna parte. Lo paso feliz. Soy persona. Fui conociendo Santiago de día y de noche: para mí ya no hubo barreras. El organillo me abrió todos los caminos. Lo más lindo: las plazas con árboles. Lo mejor: los niños que se quedan ahí con tamaños ojos mirando y sonriendo. Los veteranos adormecidos que despiertan con las notas y vuelven a vivir. Las chiquillas que leen su "suerte" tapándose la boca de emoción:

"Señorita, tu hermosura se hace querer de todo el mundo; todos te aman y todos te quieren festejar. Bendita seas. Venus... el más benigno de los planetas es tu poder encantado, tu atractivo tan irresistible".

Se lo creen todo.

Me gusta iluminar los barrios tristes, ilusionar a los pobres. En veces, toco frente a los hospitales de niños lisiados, les regalo molinillos. Los ricos que pasan por ahí sonríen y las señoras pitucas, disimuladitas, se sacan la "suerte".

(Voy descubriendo a una misionera mística en mi organillera.)

—A Aliro, mi yerno, le enseñaron a bailar el "ético".

—¿El "ético"? ¿Qué es eso?

—¿Nunca lo ha visto por aquí? Baila disfrazado con su gorro de campanillas tocando el bombo, el tambor, los platillos, con los brazos,

las piernas y la cabeza. Cuando andamos juntos, en compras, nos siguen los cabros, ladran los perros, nos aplauden y nos tiran hartas monedas.

A veces, me da lo de las gitanas y me mando a cambiar. La gente me quiere y me estima por mi capacidad y valentía y ya ve usted, señora, que no hay trabajo que me haya dejado chica.

Mi organillo es un hechicero que se da a querer. Siempre, en cualquier lado, a toda hora es bienvenido. Sus notas son como la palabra de Dios, un dios siempre "reidoso", sin infierno ni espinas.

La Virgencita de la Tirana, que está de vuelta, nos cuida a los dos.

\*

“La organillera del barrio alto” pertenece al libro inédito del mismo nombre.; incluye además los relatos: “El Silencio de la Nieve”, “El Padre Martín”, “Los Gemelos, Ivo y Magdalena”, “Las Siamesas”; escrito en 1998.

Gentileza de Virginia Vidal.

---

## **ME HALLARON ALGO SALVAJE E INCLASIFICABLE**

*Virginia Cox Balmaceda*

La irrupción de la mujer en la vida pública es pujante y evidente. Desde luego, la educación de antaño hacía más hincapié en los bordados y música que en los libros. Ha sido rápido el avance femenino. Hoy, compite con pasión la mujer con los varones y en muchos casos sobresale ante el asombro general. Monjas y sectas religiosas contribuyeron en forma radical para la educación de la mujer

en los diferentes estratos sociales. Hoy día, el dicho “son cosas de mujer” no corre ni la discriminación tampoco.

Tal vez, la única profesión en que no ha irrumpido la presencia de la mujer es la del minero. ¿Cuánto falta para eso? Al parecer, la mujer se intimida más con las entrañas de la tierra que con las nubes y el cielo.

Soy periodista, cronista de viajes, como se ve en “Dentro y fuera de mi maleta”, y he ofrecido testimonio de lo visto y lo vivido. También fui participante de la Sociedad de Escritores de Chile y miembro de su directorio en un período difícil. De esto se enterarán en mi novela “La torre habla”, pues sus capítulos son testimonios de vida. Lo mismo, mi primer libro, cuentos titulados “Desvelo Impaciente”, en 1951. Los críticos me hallaron "algo salvaje" e "inclasificable”.

En 1978, año de los Derechos Humanos, la Vicaría de la Solidaridad organizó el Concurso "Todo hombre tiene derecho a ser persona" donde mi cuento "*La Carmela*" obtuvo mención honrosa. Inspirado en un hecho del cual fui testigo, muestro a la Carmela, niña venida del sur, que se suicida. El rostro de esa chiquilla quedó grabado en memoria.

“Los muñecos no sangran” fue mi primera novela y se inspiró en la vida con sus penas, sus furias, espíritu de observación y mucha rebeldía.

Ahora escribo mis “Memorias con olor a azufre”. Este título proviene de los baños de azufre que me daban cuando niña por mis rabietas que, según las mamás, eran causadas porque se me metía el Diablo dentro del cuerpo.

No seré yo quien opine acerca de lo que escrito. Sólo sé que todo lo

que he logrado publicar es sincero.



**Virginia Cox Balmaceda** (29 de agosto de 1905 - 2 de octubre de 2002) fue una escritora y periodista chilena que cultivó los géneros de la novela y cuento; además, fue la madre del también escritor Pablo Huneus. En opinión de la escritora Virginia Vidal «es considerada una de las precursoras que se anticipó en actitud crítica, disposición para denunciar, expresión de rebeldía, protesta por todo cuanto somete a la mujer por su condición de tal. Mucho después, un buen número de escritoras, en su mayoría, dentro del espacio de los talleres de los años ochenta, fueron elaborando una escritura de repudio al estado de cosas, a la inercia, a los llamados "valores" estatuidos».

Fue partícipe del ciclo de conferencias realizadas por la Agrupación de Amigos del Libro en 1977 del Museo Benjamín Vicuña Mackenna llamada ¿Quién es quién en las letras chilenas?

### **Obras**

*Desvelo impaciente* (Ediciones Ercilla, 1951).

*Los muñecos no sangran* (Zig-Zag, 1969; Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1973).

*Dentro y fuera de mi maleta: andanzas por el mundo* (Renacimiento, 1980).

*¿Quién soy?* (Agrupación Amigos del Libro, 1980).

*La antimadre* (Aconcagua, 1982).

*Los muñecos no sangran* (Cuatro Vientos, 1989).

\*

En: Wikipedia: [http://es.wikipedia.org/wiki/Virginia\\_Cox\\_Balmaceda](http://es.wikipedia.org/wiki/Virginia_Cox_Balmaceda)

## Virginia Cox Balmaceda en su centenario

*Por Virginia Vidal*

Hoy, 29 de agosto, habría cumplido cien años.

El poeta Blaise Cendrars recorrió los siete mares, pero a Chile sólo realizó un viaje de su imaginación, cuyo fruto es la historia del sacristán de la catedral de Santiago. En ese relato se refirió al "*pueblo de nuestra tierra, todo ese menudo pueblo de mestizos, pobre, noble, taciturno, soñador, supersticioso, artista, suave, complaciente e inmundo, de una mentalidad absolutamente extraña a la brutal e interesada del proletariado europeo*". La narradora Virginia Cox Balmaceda (1910-2002), fiel cronista de su tiempo, describió el mundo a partir de ese pueblo, de esa realidad con mamás, criadas, peones, como ese hombre llamado *Simple*, incapaz de sortear la trampa del amor. No por casualidad su conjunto de relatos de **La Antimadre**, tiene una significativa dedicatoria: "*A mi mamá Laura*", es decir la ofrece a la fiel empleada doméstica que la crió a la muerte de su madre.

Intenso sentido de observación, repudio al conformismo, rechazo a la pasividad, participación protagónica, capacidad de encadenar todos los aspectos del relato para permitirle fluir con espontaneidad, son algunas de las características de esta escritora

Entre las escritoras chilenas dignas de ser más apreciadas y valoradas por sus pares, se cuentan María Luisa Bombal, Marta Jara y



Virginia Cox, respetadas por las escritoras jóvenes. Virginia es considerada una de las precursoras que se anticipó en actitud crítica, disposición para denunciar, expresión de rebeldía, protesta por todo cuanto somete a la mujer por su condición de tal. Mucho después, un buen número de escritoras, en su mayoría, dentro del espacio de los talleres de los años ochenta, fueron elaborando una escritura de repudio al estado de cosas, a la inercia, a los llamados "valores" estatuidos.

Periodista, cronista de viajes, como lo demuestra en **Dentro y fuera de mi maleta**; perpicaz analista política, conferencista amena, Virginia Cox incursionó sin miedo por todos los ambientes para ofrecer su testimonio de lo visto y lo vivido. Rapidez de asociaciones, peculiar sentido del humor, permanente ejercicio de la crítica, son algunas de sus características.

Recuerdo dos de sus singulares salidas: hablábamos de viajes con ella y su hija Virginia Huneus, entonces la madre exclamó: "Cuando pienso en todo lo que he viajado, me tengo envidia". Irrumpimos al unísono: "Cambia el verbo viajar por amar". En otra oportunidad reflexionó: "Nunca he escrito un fruto de mi imaginación, todos son hechos ocurridos". Tal vez por esto, en cuanto apareció su primer libro, los cuentos titulados **Desvelo Impaciente**, en 1951, los críticos la hallaron "algo salvaje" e "inclasificable. Ella con audacia y desenfado iba a la medula de su asunto y escribía en prosa despojada de recursos emotivos, carente de todo efecto literario, avara de adjetivos. Según el escritor Luis Durand, si el libro, en vez de ese título, se hubiese

llamado "Barrio alto", se habría vendido como pan recién salido del horno.

Sus cuentos y relatos son de gran variedad y riqueza, todos audaces y desmitificadores. A un personaje de la noche santiaguina, cuyo nombre fue borrado por decreto, así no podría llevarlo ninguna niña de este país, Virginia Cox le dio rango de doña y la invistió de humanidad, porque hasta ella *"llegan los hombres despojados de sus máscaras pidiendo a gritos lo que desean, lo que necesitan. No tienen a quién fingirle"*. Es así como *"Doña Carlina"* se convirtió en una de las narraciones más vigorosas de *Desvelo Impaciente*.

En 1978, año de los Derechos Humanos, la Vicaría de la Solidaridad organizó el Concurso "Todo hombre tiene derecho a ser persona" y el cuento *"La Carmela"* de Virginia Cox, obtuvo mención honrosa. Inspirado en un hecho del cual la autora fue testigo, muestra a la Carmela, niña hermosa venida del sur, quien se suicida como consecuencia del embarazo y ulterior abandono de su amante. El rostro de esa joven criatura se nos quedará para siempre grabado en la memoria.

Virginia abordó en todas sus fases, por primera vez, un tema tabú para las escritoras chilenas: el aborto, aunque nada sacamos con obcecarnos en no mentar este asunto, pues sigue cobrando más de doscientas mil víctimas año tras año. Para ella, madre de siete hijos una de las cuales falleció pequeña en forma atroz, la maternidad responsable era un asunto sagrado. Entre los dieciséis cuentos de **La**

**Antimadre**, aparece no sólo "*La Carmela*", sino también "*El pan nuestro de cada día...*" Difícil hallar un cuento más verista, con toda la angustia de una esposa embarazada, pero sin tener la certeza de la paternidad de su marido. La moralina de su medio la conduce, guiada por su empleada doméstica, hasta una sospechosa desfacedora de entuertos. Cuando intervengan los médicos asépticos, será demasiado tarde y esa mujer angustiada y vaciada de su sangre dejará huérfanos a sus hijos. Como podemos ver, la autora ha incursionado en temas tabúes, pero nunca ajenos a la vida, más dignos de ser tratados por las mujeres de todos los sectores sociales que por legisladores prejuiciados. El aborto aparece también en "*Año Nuevo*" donde lo practican desde la secretaria del marido hasta la dama que no trepida en tragar un menjunje de hierbas. Vale la pena notar que el aborto iguala a las mujeres de todos los sectores sociales, las hermana, les borra las diferencias y las convierte en cómplices en la narrativa de Virginia Cox. Una lucidez crepuscular le permitió a esta escritora develar todas las hipocresías de un medio selecto, donde se ocultan los hijos mongólicos, se hace alarde de las obras de caridad y toda infidelidad, devaneo, intercambio de amantes entre amigos, son escarmenados con impudicia.

¿Cómo podemos describir su primera novela: **Los muñecos no sangran**? ¿Son memorias, autobiografía, diario de vida, epistolario? El ensayista Martín Cerda nos dio la clave cuando afirmó:

*"Entre los escritos testimoniales suelen darse, con alguna regularidad, ciertas obras que, en vez de tener que ser explicadas*

*históricamente, son ellas las que, al contrario, posibilitan comprender la estructura íntima, velada o "invisible" de la época en que fueron escritas" (2).*

Esta novela nos permite comprender la agonía de un mundo cerrado, cuyos valores parecían inalterables. El mundo ordenado de un patriarca conservador, político destacado y dueño de muchas tierras, comienza a tambalear por la más inesperada concurrencia de desgracias y trastornos, donde se impone la actitud crítica de los propios hijos. La obra comienza con la implacable destrucción de toda la población de muñecas por un niño montado en su bicicleta, ante la mirada dura e impía de su hermanita, quien las "rematará". Pronto, las otras tres hermanas llorarán ante los cadáveres descuartizados y el padre tomará las más severas represalias. Pero la pequeña Isabel y sus hermanos van a sufrir el más atroz e incomprensible de los castigos al perder a su madre. También el padre con sus siete niños perdió su hogar. En adelante, todos vivirán entre rosarios y severas liturgias en la casa de su abuela paterna, doña Lorena. La anciana *"temblaba de odio contra el río, su enemigo mortal, asesino de su hijo. Cavilaba sobre la extraña muerte de su hija"*. Y de sopetón nos encontramos, ya avanzado este siglo, con las mismas reglas severas otrora pintadas en *El loco Estero*, de Blest Gana: cuando están sentados a la mesa, los niños no pueden hablar ni tocar alimento alguno, mientras no sean autorizados por los mayores. También idéntico paseo por una Alameda *"disfrazada con ramadas, borrachos, gritos"*. En la casa todo abunda y la abuela se enorgullece de su generosa comida, pero para los niños, *"una despensa vedada", "bastonazos en las pantorrillas"*, jamás un

cariño; por otra parte, el padre enfermo no soporta ni el más débil grito de una criatura. Isabel, la pequeña rebelde, no se someterá jamás a las reglas y ante el poder omnímodo, ejercerá su propio poderío: el de las pataletas. No la doblegarán ni ensalmos ni baños de azufre. Sólo conoce la ternura de su mamá Labra. Nutrida con esa misma leche que se vio obligada a negársela a su propia hija, la mamá se la brinda mucho más allá del tiempo convencional, cuando Isabel ya camina. Nada escapa a las miradas de esa niña alerta: desde el mundo de oraciones de la abuela pasando por el alucinante donde una joven loca rasga su bata y exhibe su desnudez para desaparecer "*bajo una armadura de tocuyo*", hasta el oscuro mundo de las criadas. La vida de los siete hermanos transcurre en un mundo femenino y se balancea entre la abuela distante, las mamás, la servidumbre; allí se hallan la "*sirvientilla*", la sirvienta con el característico "*olor a china*", la "*chinoise*", la "*empleadilla*".

La liberación gozosa llegará con las vacaciones en la hacienda Lauco, junto al río Ñuble, donde las niñas deberán someterse al rudo y hasta brutal entrenamiento impuesto por los varones hasta ser capaces de igualarlos en todo desafío a la naturaleza: nadar en el río, montar a caballo a dos haces, lacear, ayunar, cazar, arrebatarse los lechones a la chancha parida. Isabel, ávida de contacto humano, desafía las prohibiciones y ve en las hijas de los peones a sus amiguitas del fundo, pero no le duran mucho, pues demasiado breves son sus juventudes: una, casada a los quince años; la otra, presa por matar al hijo parido luego de ser violada por su padre adoptivo. Nada quedará oculto, todo lo turbio se sacará al sol. Una brizna de verdades a medias les

permitirá desenredar una madeja, pues todo dato nutrirá el teatro de los niños, intérpretes de cuanto la memoria de los adultos quisiera borrar: los ahogados, los suicidas, las monjas y el río Ñuble devorador de vidas. La tía Marta, elegante, enojada, envuelta en perfume, orgullosa de sus abolengos, de ideas liberales, se propone rescatar de la vulgaridad y de la "chilenidad" a sus sobrinas. Y aquí la autora por primera y única vez enumera cristales, "sillitas hostiles doradas al fuego" materiales y bocadillos refinados. Allí las niñas deben lucir su impecable francés, tocar el piano, declamar. Solterona deshumanizada, sólo se ha podido conmover por la pérdida de su hermana y de su único hermano de bella estampa, amansador valiente, buen bailarín, "muerto muy joven, se quedó en las grandes promesas y entre calaveradas se marchitó antes de tiempo". Esa incursión en la modernidad y el lujo, refleja el auténtico mundo de la protagonista y sus hermanos, mundo por el cual no sienten especial atracción.

La infancia y adolescencia de la narradora-protagonista transcurrirán entre la más severa represión y la libertad sin límites. Primero, pasando por un intermedio, transgresión ante lo vedado: unos cuartos misteriosos en el último patio de la casa de la abuela; allí, inmunes al polvo y las telarañas sobreviven libros finamente impresos, cartas, poesías, cuadernos de notas de los antepasados. Y todo ese material será el poderoso resorte para recuperar la memoria ancestral. Lo más decisivo, desde la vigorización del cuerpo y el descubrimiento del primer amor hasta el terremoto espantoso, arrebatador de millares de vidas, culminando con la noticia de la muerte en el río del amado primo Diego.

En las monjas del Sagrado Corazón, las internas sólo tienen un rincón parecido al hogar, a cargo de una religiosa enanita cuya dulzura y comprensión de los malestares de las niñas les permite ayudarlas en el momento oportuno. Ese internado con sus métodos medievales va a permitir el nacimiento del epistolario entre Isabel y su "amiga particular" surge de la prohibición impuesta por las monjas: las dos niñas no deben hablarse por ningún motivo. Entonces ellas deciden comunicarse sin desobedecer a la prohibición, escribiéndose cartas donde desbordan pasiones feroces. Desenfadadas, implacables, sin trabas, se deciden a utilizar todos los medios para transgredir las prohibiciones.

No hay en nuestra literatura obra comparable a *Los muñecos* no sangran con testimonio más franco y elocuente de la furia de niñas en plenitud adolescente, decididas a asumir sus cuerpos y a traspasar los territorios vedados. Pero el castigo es horrible: la incomunicación total, la prisión en soledad y oscuridad. Isabel se salvará del tormento saltando hasta caer rendida. (En el cuento "*Ciento tres... ciento cuatro*" de **La Antimadre**, la protagonista, más allá de la angustia, sumida en la depresión y el insomnio, salta sin parar, en su afán desesperado de conseguir un poco de sueño.)

La narradora-protagonista no elude ese mundo de destino impuesto, donde un joven bobo es comido por tres perros feroces, adiestrados para impedirles a los peones el robo de la fruta madura. Ante esta muerte horripilante, la autoridad oficial se declara

incompetente, pero la patrona ejerce su singular justicia mandando reunir a los inquilinos y dándoles orden perentoria: a la mañana siguiente, los caballos a galope tendido arrastrarán a los perros maneados...

Los hermanos varones no aceptan la prohibición de la abuela que los obliga a no meterse en los ranchos. Y en cada visita se enteran de la atroz miseria de los inquilinos. Un afán de justicia los va despabilando. En la mente de la niña permanecerán grabadas las palabras de un peón agonizante: *"La vida del pobre es como la sombra de un pájaro sobre la tierra"*. El cuerpo de ese humilde peón va a sufrir la más tremenda de las humillaciones. Para él y los suyos, la transgresión al respeto merecido por la muerte, al respeto a sí mismo y a su estirpe se produce cuando el muerto en el hospital es 'autopsiado'. Esta vez la disección provoca tanto horror e ira entre sus deudos y amigos que terminarán por desencadenar una venganza atroz: el incendio de todos los fundos del patrón. Por suerte, no habrá víctimas humanas. Las niñas mirarán desde el palomar la quema simultánea de "Piedra Blanca", Piedra Roja" y "El Fin de Mundo". Las niñas también escucharán la ardua discusión entre su padre, empeinado en la idea de no "borrar de una plumada generaciones de tradición, y uno de sus hermanos que afirma: *"Estamos asistiendo al comienzo de algo incontenible, real como el rumor que precede a los terremotos"*... A doña Lorena, la abuela, le satisfará haber cumplido su misión y se dispondrá al descanso definitivo cuando case a las dos nietas menores, único destino posible, según ella, para las mujeres decentes.



Su último libro, **La torre habla**, se publicó en Zig-Zag (1996) en una edición plagada de errores que fue retirada. Apareció una nueva versión pero no se dio a conocer a la crítica ni se distribuyó en librerías: un libro muerto, asesinado. Es una de las novelas más importantes de fines del siglo XX, una cachetada a todo lo "light", y al emperrado afán de “bajarle el perfil” a los crímenes de la dictadura de Pinochet, pero se publicó en autoedición. La primera tirada salió empastelada y la segunda **no circuló**, no fue distribuida en ninguna librería ni tampoco mandada a la crítica. Es una novela deliberadamente borrada del mapa al nacer, una de las más evidentes muestras de la censura en acción (fui testigo —yo estaba en su casa, trabajábamos en la corrección de un cuento— cuando Gonzalo Vial la llamó por teléfono para decirle que se la iba a publicar, lo cual nos alegró).

La dramática riqueza testimonial de **La Torre Habla** contribuye a mostrar nuevas facetas del golpe militar y la dictadura. Relata el golpe de Estado, desde las directas experiencias de la autora. Entonces ella vivía en una de las Torres de Tajamar, el primer conjunto habitacional de gran altura, ubicado entre el río Mapocho y la Avenida Providencia, con los antecedentes y consecuencias en una escalada de estremecedores testimonios que van desde el espectáculo de los cadáveres flotando en el río Mapocho, pasando por la prisión de la anciana escritora María Flora Yáñez; por algunos aspectos de la vida en el campo de concentración de Puchuncaví; el incendio de la carpa donde se daba Hojas de Parra —obra dramática del poeta Nicanor Parra—, a la rica visión del acontecer en la Sociedad de Escritores de

Chile, entidad que logró permanecer abierta en plena dictadura manteniéndose como espacio democrático.

En esta novela, Virginia Cox una vez más se apoyó en su propio testimonio para mostrar qué fue la organización SOL, donde ella participó para conspirar contra el gobierno de Allende. Cuenta cómo vio flotar los cadáveres en el río Mapocho después del golpe, desde su departamento de la Torre Tajamar y la pregunta que se le vino a la mente: “¿Por qué su pueblo no defendió a Allende?”. Da a conocer escenas de humillación a los prisioneros en un campo de concentración; un juicio de la Fuerza Aérea, una delación de profesores por un importante personaje (empero no cuenta que movió cielo y tierra para salvar a esos maestros desconocidos de la emboscada, advirtiendo a quien llevaría su mensaje: “no he sido ni seré comunista, pero soy sobrina del presidente Balmaceda y, si de mí depende, ningún ser humano será llevado al matadero como borrego”); describió la prisión y maltrato de la anciana e ilustre escritora María Flora Yáñez, perseguida e injuriada cuando se buscaba a su nieto Cristián Castillo; ofreció un rico capítulo de la Sociedad de Escritores de Chile, de la cual fue directora. Obra tan importante fue deliberadamente borrada de nuestro mapa literario.

Un día se me ocurrió preguntarle a Virginia Cox qué había deseado ser cuando grande, durante su niñez. He aquí su respuesta sorprendente: "Sólo tuve dos deseos: ser sacristán para apagar las velas con el maticandela y también el auriga que, huasca en mano, conduce el coche tirado por los caballos". Tal vez esta sea la metáfora de un

anhelo realizado a través de toda su escritura.

Virginia Cox en cada uno de sus libros expresó un repudio y una pugna, como la narradora-protagonista de **Los muñecos no sangran**: en cuya infancia "*la santa tiranía se entremezcló siempre con una salvaje libertad*".

#### Bibliografía:

*Desvelo Impaciente*, Ercilla, 1951.

*Los muñecos no sangran*, Zig Zag, 1969.

*Los muñecos no sangran*, tercera edición. Ed. Cuatro Vientos, 1989.

*Dentro y fuera de mi maleta*. Ed. Renacimiento, 1980.

*La antimadre*. Ed. Aconcagua, 1982.

*La torre habla* Zig Zag, 1997.

\*

En: Virginia Vidal

[http://virginia-vidal.com/memorial/article\\_398.shtml](http://virginia-vidal.com/memorial/article_398.shtml)